

Adam HOCHSCHILD, *Para acabar con todas las guerras: una historia de lealtad y rebelión (1914-1918)*, Barcelona, Península, 2013. 640 pp. ISBN: 978-84-99421-79-7

Sin duda, la proximidad del centenario de aquel fatídico año de 1914 permite a las editoriales sacar a la luz valiosas investigaciones. Conviene subrayar que la Primera Guerra Mundial no es un tema falto de estudios y análisis. Existen abundantes trabajos de historia, como también numerosos libros de memorias y valiosas obras de la literatura coetánea que testimonian aquella tragedia. Esto hace difícil la selección de obras para reseñar con motivo del centenario, pero sin duda la obra de Adam Hochschild tiene una originalidad: rescata ante todo la voz de quienes se opusieron a aquella guerra desde el primer momento, voces que se fueron ampliando conforme la crueldad se hizo cada día más notoria e insoportable. Baste recordar el balance de diez millones de soldados muertos, veinte millones de heridos y ocho millones de desaparecidos. Son cifras que expresan la capacidad destructora de tantas batallas inútiles como la que reflejó magistralmente en 87 minutos la película de Stanley Kubrik, *Senderos de gloria* (1957), insuperable lección sobre la inutilidad de todas las guerras.

Por eso Adam Hochschild elige para titular su obra aquella frase que se atribuyó al presidente norteamericano Woodrow Wilson, que había sido una guerra “para acabar con todas las guerras”. No fue así, quizás porque, como subraya el autor, la paz de Versalles fue una paz para acabar con la paz. Pero no es éste el tema del libro. Adam Hochschild ya es conocido por obras anteriores, siempre de denuncia histórica. En otro libro ya nos había contado con rigor y documentación el genocidio que el rey de los belgas había ejecutado en el Congo (*El fantasma del rey Leopoldo*, 2002) y en otro abordó el proceso de abolición de la esclavitud (*Enterrad las cadenas*, 2005). Ahora, con este libro rescata ante todo la historia del primer gran movimiento de objeción de conciencia a las armas. Se dio en todos los países en guerra pero sobre todo alcanzó unas importantes proporciones en Gran Bretaña donde más de veinte mil jóvenes se negaron a cumplir el servicio militar obligatorio. Más aún, fueron más de seis mil los que también se negaron a realizar los servicios sustitutorios a los que fueron enviados. Esos seis mil sufrieron condenas de cárcel con trabajos forzados, una dieta mínima y con la prohibición de hablar entre ellos. Algunos incluso fueron enviados al frente y condenados a una muerte de la que se salvaron por la movilización ciudadana y el prestigio de los líderes que encabezaron este movimiento. No solo fueron jóvenes en las cárceles, hubo de todas las edades: al final estuvo en la cárcel hasta un futuro premio nobel.

Es un libro de reivindicación, sin duda, pensado para prolongar en el futuro la oposición a todas las guerras. Por eso no sólo estudia a los activistas sindicales, feministas, intelectuales, periodistas y soldados que se opusieron a la guerra. También a los gobernantes, militares,

intelectuales y periódicos que arroparon la guerra con la mayor campaña publicitaria desarrollada hasta entonces sobre el heroísmo de los magníficos valientes que morían por su patria. Contra el pacifismo, denigrado constantemente con el estigma de la cobardía y de la traición, se apabulló a la población con la magnética atracción de los uniformes, el combate viril, la necesaria muerte salvífica y, por tanto, la obediencia ciega como único comportamiento válido para la patria.

No es, por tanto, una historia más de la guerra, el autor avisa de que se omiten muchas batallas así como el estudio de los dirigentes de aquella guerra. Es una historia centrada en el bando que se alió contra la agresión de Alemania y del imperio austro-húngaro, pero sobre todo trata lo ocurrido en Gran Bretaña. Estudia los comportamientos y actuaciones tanto de los que apoyaron la guerra, como fue el caso de Rudyard Kipling que perdió a un hijo en la guerra, como de quienes se rebelaron contra la guerra, a cuyo frente destacaron Bertrand Russell y el influyente periodista Edmund Dene Morel.

Así, en los sucesivos capítulos aparecen no sólo quienes se opusieron a la guerra sino también propagandistas de esa guerra como el citado Kipling y el novelista y oficial John Buchan, la personalidad del ministro británico de la Guerra Alfred Milner, los primeros ministros Herbert Asquith y Lloyd George y hasta los policías o agentes de inteligencia que crearon pruebas para lograr la condena de los pacifistas. Pero sobre todo cabe resaltar los capítulos dedicados al estudio del importante movimiento que se opuso a una guerra cuyos efectos catastróficos supieron anticipar. Decenas de miles de personas de ambos bandos tuvieron conciencia de la catástrofe que supondría una guerra. Al frente de ese movimiento estuvieron los socialistas de la Segunda Internacional, con Jean Jaurès al frente, lo que le costó la vida, y también las feministas. Fueron muchos los que vieron lo que se negaron a ver los reyes y gobernantes. No sólo lo vio aquel puñado de parlamentarios alemanes que se opuso a los créditos para la guerra como Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, o los más de veinte mil británicos que se negaron a cumplir el servicio militar obligatorio sino que, tras las trágicas experiencias de las masacres el movimiento contra la guerra llegó a las mismas trincheras y fueron miles los soldados franceses que se amotinaron en 1917 y más de un millón los rusos que ese mismo año abandonaron el frente para volver a pie a sus casas, y muy significativos los marineros alemanes que apagaron los fuegos de las calderas de sus barcos y se negaron a zarpar. Todos pensaron que su deber era protestar aunque resultara de momento inútil e incluso paradójicamente pusieran en peligro sus vidas.

Frente a un ambiente cargado de ferviente nacionalismo, incitado y apoyado por los gobiernos y por casi toda la prensa sumergida en esa ola de ceguera patriótica, fueron valientes los que defendieron un pensamiento contra corriente. Pronosticaron, sin embargo, la catástrofe que expresó el poeta y soldado Edmund Blunden: ningún bando “había ganado ni podía ganar la guerra. La guerra había ganado”. En efecto, desaparecieron millones de vidas y también el rodillo de la guerra dejó fuera del escenario histórico dos imperios, el otomano y el austrohúngaro, el káiser perdió su trono, la revolución facilitada por la guerra engulló otro imperio, el zarista de Rusia, e incluso las naciones vencedoras, Gran Bretaña y Francia, fueron perdedoras con más de dos millones de muertos, terminaron endeudadas y las protestas de los veteranos que volvían de las colonias iniciaron la descomposición del imperio británico.

Adam Hochschild subraya la capacidad destructiva de aquel tsunami patriótico en el que incluso se dividieron las familias. Fue muy significativo el caso de la destacada líder del sufragismo, Emmeline Pankhurst, activista volcánica que inauguró nuevas formas de protesta social contra el exclusivismo del voto masculino y que, sin duda, fue artífice en gran medida de la conquista del sufragio universal. Sin embargo, su giro hacia el belicismo con reclamos a las madres para entregar sus hijos a la patria produjo la escisión no sólo en el movimiento

feminista sino en su propia familia. Fue su hija Silvia la que mantuvo la antorcha pacifista junto a otras destacadas feministas británicas y alemanas que organizaron el Congreso Internacional de Mujeres por la Paz de la Haya en abril de 1915. Eso sí, fueron detenidas al volver a sus países.

Ese mismo mes de abril de 1915 precisamente hizo su aparición a gran escala una nueva arma aterradora, una niebla amarilla verdosa que, lanzada desde las trincheras alemanas, alcanzó a las tropas francesas en las cercanías de Ypres. Los soldados sintieron náuseas, se ahogaban, echaban mucosidades amarillas, caían al suelo entre convulsiones. Eran las víctimas del gas. También cayeron asfixiados los pájaros del cielo, se ahogaron los animales domésticos y mientras las ratas devoraban los cadáveres de los soldados. Era un cloro usado como gas venenoso, luego vendrían otros tipos de gases peores, que lo habían fabricado ocho grandes empresas químicas del Ruhr. A partir de ahora, como subraya el autor, la victoria ya no sería de los valientes sino del gas letal y en esta nueva guerra científica, industrializada, ninguna nación tendría un arma nueva en exclusiva por mucho tiempo.

Sin embargo, persistían las matanzas en batallas innecesarias ordenadas por los generales con una indiferencia casi criminal. Es lo que magistralmente se visualiza en la citada película *Senderos de gloria*, basada en la novela del mismo título de Humphrey Cobb, que había luchado en la guerra y que se inspiró en hechos reales de insubordinación. En efecto, todos los ejércitos, no sólo el francés, efectuaron fusilamientos con la acusación de cobardía para evitar la propagación de la insubordinación. Fue una medida disciplinaria y con frecuencia seleccionaron por sorteo a los fusilados. Así lo hizo el ejército francés en una Compañía de Tiradores Argelinos que fue diezmada en diciembre de 1914 por haber desobedecido la orden de atacar. Mientras tanto, se producían redadas y registros en las oficinas de las organizaciones antibelicistas, se infiltraban agentes provocadores, se lanzaban panfletos contra el objetor de conciencia tildado de “excrecencia, un hongo venenoso humano que debería ser extirpado sin más dilación”, tal y como exclamaba el tabloide *John Bull*, o con acusaciones de estar financiados por dinero alemán, como afirmaba el *Daily Express* contra los objetores británicos.

En este contexto destacaron no sólo las personalidades ya citadas sino sobre todo el movimiento de la *No-Conscription Fellowship* (NCF) de insumisos. De hecho, Bertrand Russell se implicó en la NCF desarrollando incluso tareas rutinarias de gestión, además de redactar octavillas, negarse a pagar multas, ser destituido de su cargo en Cambridge hasta terminar en la cárcel. En el NCF hubo activistas de distinta procedencia, desde cuáqueros a socialistas, y editaron un semanario con más de cien mil ejemplares de tirada. Otra figura destacada fue la de Alice Wheeldon, socialista y pacifista, que sufrió, ella y sus hijas, la falsa acusación de pretender envenenar al primer ministro británico Lloyd George. Detenida y condenada a la cárcel en 1917, se supo que las pruebas estuvieron fabricadas por los agentes secretos de la policía para desprestigiar al movimiento pacifista. Su estancia en la cárcel debilitó su salud, fue liberada al terminar la guerra pero su cuerpo ya no tenía defensas para vencer a la gripe que entre 1918 y 1919 se cobró más de 50 millones de vidas en todo el planeta, entre ellas muchas de quienes habían luchado en las trincheras y habían vuelto a una paz con los cuerpos extremadamente frágiles. Valga, por tanto, como colofón de la lectura de este libro el pensamiento de Alice Wheeldon quien desde su celda proclamó que su “patria es el mundo”.

Juan Sisinio Pérez Garzón
Universidad de Castilla-La Mancha